

Editorial

El cierre de 2023 nos encuentra en una situación de agravamiento de las múltiples crisis, tanto en el plano global como local. Por un lado, la continuidad de las guerras – a la de Ucrania se le suma el conflicto en Israel en el siempre convulsionado Medio Oriente- que no solo podrían agravarse, sino que ya cuentan entre su saldo la destrucción masiva de ciudades, de sistemas productivos, de poblaciones civiles, en una disputa geopolítica que trasciende los actores involucrados y busca la modificación del mapa existente.

A su vez, el declive democrático se devela con cada vez mayor profundidad. En clave schumpeteriana, la democracia queda reducida a su sola dimensión instrumental, un método para seleccionar gobernantes, desprovista de su dimensión sustantiva: “el derecho a tener derechos” y de realización plena de proyectos de vida diversos y plurales. En coincidencia con Octavio Paz, la publicidad y el mercado, al reducir todos los valores a precios, destruyen la pluralidad de opiniones y valores, bajo el manto de la utilidad. La cuarta revolución industrial agravó el utilitarismo y el individualismo hasta transformarse en una “era del individuo tirano”, resquebrajando el lazo social, y con ello, buena parte de los consensos sobre derechos humanos alcanzados post II Guerra Mundial.

Ante el reemplazo de la subjetividad ciudadana por la de consumidor, el debilitamiento de los actores colectivos: partidos políticos, sindicatos, asociaciones intermedias y la insuficiente y fragmentada enseñanza de las humanidades, el ciudadano-consumidor queda a merced de los algoritmos que inducen consumos, pensamientos dicotómicos, satisfacción inmediata, cada vez más alejada de los pilares fundamentales que dieron origen a la democracia moderna: “libertad, igualdad y fraternidad, que hoy podría reinterpretarse -al decir de Pasquino- como solidaridad”. Sin lazo social, por tanto, no hay democracia sustantiva posible. Y sin democracia sustantiva, la propia palabra se vacía de sentido.

El avance de las extremas derechas en esta coyuntura mundial opera como causa y consecuencia de esta convergencia de crisis política, económica, social, ética y cultural, que encuentra en la golpeada Argentina, un terreno fértil para un

nuevo experimento mundial el cual, aún imperceptible para la mayoría de la población, avizora ser mucho más que un recambio de ocupantes de roles de poder.

Por ello, los artículos que compartimos en este número pueden desplegar nuevos caminos para re-pensar lo que nos acontece y fortalecer proyectos democráticos. A modo de ensayo, cada uno de ellos desde diferentes perspectivas, reflexionan sobre aspectos cruciales del pensamiento, la imaginación y los modos de producir conocimiento.

En primer lugar, un artículo inédito de Raúl Motta sobre las vinculaciones entre dos pensadores fundamentales del siglo XX, como son Octavio Paz y Cornelius Castoriadis en torno a la imaginación, la creación poética, política y social como desafíos para pensar las sociedades y las democracias modernas. Titledo “Matema, Magma e imaginación. La presencia de Cornelius Castoriadis en la obra de Octavio Paz” se trata de un texto inacabado, que el autor estaba en proceso de escritura cuando el Covid 19 nos lo arrebató, pero el texto dejó planteados un conjunto de hallazgos y un par de subtítulos que operan como aperturas de líneas de pensamiento y unas conclusiones que siempre nos quedaremos con las ganas de leer. Dudé mucho acerca de la conveniencia de su publicación, pero me convenció Liliana Weinberg, una de sus últimas interlocutoras intelectuales con quien había tejido un diálogo fructuoso sobre los tópicos del artículo, y es quien realiza la presentación del mismo. Una pieza de pensamiento como esta última producción de Motta, aunque inacabada, merece traspasar las fronteras de su escritorio, para animar a sus lectores continuar explorando esos caminos, como la propia Liliana magistralmente resume en las páginas que anteceden el artículo.

A continuación, Elvio Galati presenta en “El ensayo según Montaigne como parte de la investigación científica” las relaciones que encuentra con el pensamiento complejo de Edgar Morin. El autor descubre que en tanto el ensayo invita a vislumbrar el proceso del pensamiento, reconcilia al objeto y al sujeto, une las fronteras disciplinarias entre filosofía y literatura, contribuye recursivamente a la investigación porque “es el género más proclive para manifestar el pensamiento del interesado, combinando la imaginación en los inicios de la ciencia”.

Por su parte, Horacio Libarona y Lolita M. Teves comparten otro ensayo titulado “Más allá de la dualidad análisis / síntesis” proponiendo, desde una perspectiva sistémica, una reflexión en torno al conocimiento, como un producto que surge no solo del estudio de cada una de sus partes, sus interacciones y cómo estas se influyen las unas a las otras, sino de la reintegración de éstas y el conocimiento emergente en un nuevo conjunto que las trasciende y produce conciencia de una nueva totalidad, la cual se transforma, a su vez, en nuevo punto de partida hacia nuevos conocimientos.

Finalmente, en El desván de las reseñas, se da cuenta de uno de los últimos libros de Edgar Morin, publicado este año *De guerre en guerre. De 1940 à l'Ukraine*, en el cual el pensador planetario, rememorando su propia experiencia en la II Guerra Mundial, aprovecha para reflexionar, sintética y magistralmente, sobre la complejidad de las guerras en sus 102 años de vida. El texto aporta luz en relación con el contexto histórico de la crisis ucraniana, huyendo de visiones simplistas y maniqueas, y concluye con un llamamiento a la paz.

En esta etapa de exacerbación y efervescencia de posicionamientos polarizantes, esa apelación a la paz junto al lazo creativo entre política y poesía, debería ser también el camino para reinventar el lazo social que permita hacer sustantivas las democracias, con los seres humanos en el centro.

María Elena Martín